

COMUNICACIONES DE PARAPSILOGÍA

Editora responsable: Dora Ivniscky
Asesor de contenidos: Juan Gimeno

Dirección postal:

Zabala 1930
1712 Castelar - Prov.de Buenos Aires
República Argentina
E-mail: doraiv@hotmail.com
www.naumkreiman.com.ar

Número 32
Diciembre de 2011

SUMARIO

	Página
Nuevas consideraciones sobre los fenómenos alucinatorios en la primera infancia	
DORA IVNISCKY Y HUMBERTO C. CAMPANA	2
<i>Transcripciones:</i>	
La mitad de una carrera con lo paranormal	
IAN STEVENSON	5
Ciencia, política e investigación psíquica	
JOHN POYNTON	22
La parapsicología en el mundo	36
Revistas recibidas	38

NUEVAS CONSIDERACIONES SOBRE LOS FENÓMENOS ALUCINATORIOS EN LA PRIMERA INFANCIA

DORA IVNISKY Y HUMBERTO CAMPANA

Es con verdadera satisfacción que damos cuenta del interés que ha suscitado entre nuestros lectores el artículo publicado en el número anterior: “Fenómenos alucinatorios en la primera infancia”, por Dora Ivniscky & Humberto C. Campana, en *Comunicaciones de Parapsicología* N° 31, septiembre 2011, página 3.

Asimismo, estamos en condiciones de informar, con sumo agrado, que dicho artículo ha sido aceptado para su publicación por la prestigiosa revista científica *La Prensa Médica Argentina*, distinción que agradecemos.

Las respuestas de los lectores no se hicieron esperar, y reflejan diversas posiciones. Destacados profesionales opinan desde el punto de vista del espiritualismo reencarnacionista, de la pedagogía y de la literatura.

El Dr. Eduardo Angaroni nos acerca la interpretación del fenómeno según los postulados espiritualistas. Dice nuestro amigo:

“El niño hasta los siete años se encuentra viviendo en un mundo material, pero también sigue compartiendo el mundo espiritual de donde viene, desde que tomó o ingresó a una materia, ya que a esa edad, todavía no están totalmente consolidados sus sentidos materiales, es decir, siguen funcionando con mucha agudeza sus sentidos espirituales, que de a poco se van a ir apagando, dando paso a una materialización completa de toda su personalidad...”

Agrega que mientras tanto el niño “sigue en contacto con antiguos compañeros espirituales que lo acompañan en esa toma de materia [...]. Luego comienza toda una educación dirigida a su formación física, intelectual, laboral, pero no

normalmente espiritual. El sexto sentido o mediumnidad comienza a no usarse.”

Y luego, ampliando un poco el concepto:

“Volviendo al tema de las ‘alucinaciones’ de los niños. Muchas realmente son así, alucinaciones, amigos invisibles que juegan con él, y que realmente no existen, nada más que en su mente. Pero la mayoría de las veces, en los niños, y hasta los 7 años normalmente, no son alucinaciones, sino que en forma normal y habitual siguen compartiendo con el mundo espiritual de donde vienen, por eso actúan con tanta naturalidad y sin miedo, y ellos además, creen que también los demás lo están viendo”.

Por su parte, la profesora Ana María Villalba nos aporta el punto de vista de la psicopedagogía; transcribimos textualmente sus palabras:

“Los docentes, psicólogos infantiles, psicopedagogos también creemos que este amigo invisible es parte de la vida del niño y muy importante su existencia en la etapa preinicial, a tal punto que cuando ingresan en el jardín de niños preguntamos, en la testificación de ingreso, cuál fue el amigo espiritual que lo acompañó. Para ellos son reales y he tenido la oportunidad de observarlos cómo lo integran a su realidad. No creo que sean alucinaciones sino que es parte de su vida espiritual [...] Me gustaría saber cuándo comienza a ser alucinación, ¿será cuando se mantiene en el tiempo y pasa la franja de la edad evolutiva correspondiente en que deberían dejar el imaginario y compartir con amigos reales?”

El lector Cándido González nos cuenta sus experiencias infantiles; refiere haber tenido en una oportunidad, a la edad de seis años aproximadamente, en horas del mediodía, la visión de un hombre en el cielo, caminando entre las nubes, y que también por esa misma época, solía ver en un cañaveral cercano la figura de “una persona bajita” (¿enano, duende?) y al correr tras él desaparecía.

Las historias son muchas, y todas tienen algo en común: personajes que sólo el niño ve y a veces conversan con él, que no le inspiran temor, son casi siempre amistosos, y de manera natural dejan de presentarse cuando el niño comienza a salir de su etapa infantil.

La contrapartida de estas extrañas amistades son los personajes atemorizantes surgidos de los relatos ancestrales (el lobo de Caperucita, la madrastra de Blanca Nieves, la bruja de Hansel y Gretel) –creo que aquí convendría la palabra “consejas” como antes solía llamarse a esos cuentos que esconden una enseñanza– en los que aparecen niños que por algún motivo se alejan de su hogar y deben cuidarse de adultos desconocidos que se acercan a ellos con engaños para hacerles mal.

En un artículo publicado recientemente en El País, Madrid, por Antonio Muñoz Molina ^(*), el autor analiza el modo como estas lecciones de prudencia se vienen transmitiendo de generación en generación desde el fondo de los tiempos, a través de ficciones que se fijan en el intelecto y el espíritu con gran poder simbólico, hasta el punto de que el protagonista de la ficción adquiere un valor de realidad.

Tanta realidad como la que tiene para el niño ese ser que sólo para él existe; y quizá no sea demasiado descabellado suponer que la misión de ese personaje benévolo, sea creación alucinatoria o de otra naturaleza, no es otra que acompañar al niño en su crecimiento y conjurar los miedos ancestrales que yacen en lo más profundo de la conciencia.

El tema no está agotado. Nuestras páginas seguirán abiertas para recoger las opiniones o comentarios que deseen hacernos llegar.

^(*) El artículo de Muñoz Molina se puede ver en :
<http://www.intramed.net/contenido/ver.asp?contenidoID=72024>

Ian Pretyman Stevenson fue uno de los parapsicólogos más lúcidos, valientes y destacados, que se atrevió a investigar en temas que eran tabú inclusive entre sus colegas. Falleció el 8 de febrero de 2007 a raíz de una neumonía, cuando ya había cumplido 88 años. Unos días después, el 18 de febrero, el New York Times daba la noticia y revelaba el último trabajo en relación a la demostración de la supervivencia que intentaría completar aún después de fallecido. Escribía el cronista:



“Como explicó una colega de la División, Emily Williams Kelly, en una entrevista telefónica, el Dr. Stevenson utilizó como combinación [de la cerradura] una divisa mnemónica secreta –quizás una determinada palabra o una frase– sólo conocida por él.

‘Él dijo que si le era posible iba a tratar de comunicarla –expresó la Srta. Kelly–. Suponemos que, si alguien tuviera un sueño vívido relacionado con él, en el que hubiese una palabra o frase repetida (no sé bien cómo funcionaría) que pareciera promisoria, trataríamos de abrir la cerradura usando la combinación sugerida’. Hasta ahora, dijo la Srta. Kelly, la cerradura permanece firmemente cerrada.”

A continuación ofrecemos a los lectores la traducción del último artículo del Dr. Stevenson, en el cual repasa toda su actuación en la parapsicología.

LA MITAD DE UNA CARRERA CON LO PARANORMAL

Por IAN STEVENSON

Department of Psychiatric Medicine
University of Virginia Health System
Charlottesville, VA, USA

Ensayo publicado en: *Journal of Scientific Exploration*, Vol. 20, No. 1, pp. 13–21, 2006.

Traducción por Dora Ivniaky

Título original en inglés: *Half a Career with the Paranormal*

Para partir de una definición, el vocablo *paranormal* significa comunicación obtenida sin intervención de los procesos sensoriales generalmente reconocidos; también puede referirse a movimientos físicos sin intervención de los procesos físicos conocidos. Los fenómenos que hoy se describen como paranormales ocurrieron y fueron descritos durante siglos; pero la mayoría de los investigadores que han estudiado su historia concuerdan en que su investigación sistemática no comenzó hasta 1882, cuando se fundó en Londres la Sociedad de Investigaciones Psíquicas (Society for Psychical Research - SPR). Sus fundadores declararon abiertamente su intención de investigar fenómenos inusuales.

Yo llegué a este campo tardíamente, porque mi actividad en él no se inició hasta haberme establecido en la psiquiatría común. Poseía formación en esta especialidad y en medicina psicosomática. Mis investigaciones y mi formación me permitieron progresar en posiciones académicas; en 1957 fui designado profesor y Presidente del Departamento de Psiquiatría en la Universidad de Virginia.

La forma como obtuve ese puesto requiere una breve digresión. Desde mi nacimiento sufría de repetidos ataques de bronquitis y pasaba mucho tiempo en cama. Las enfermedades me atrasaban en mis estudios, pero leía mucho y los cuidados

de mi madre me ayudaban a recuperar la salud. Tenía una memoria particularmente retentiva, y en los momentos de buena salud me ponía de un salto por delante de mis compañeros. Por ese motivo me hice favorito de algunos profesores en la Universidad McGill. Después de haberme repuesto de serios ataques de neumonía, uno de los profesores me aconsejó dejar el frío de Canadá por el calor de Arizona. Ya en Arizona, aprendí de alguna manera a mejorar mi salud, y luego retomé el avance normal en el camino de la formación y posicionamiento académico.

Mientras tanto, adquirí cierta reputación de inconformista. Este epíteto sonaba adecuado para quien, como yo, cuestionaba la presunción, dogmáticamente sostenida por la mayoría de los psiquiatras, de que la personalidad humana es más plástica en la infancia y niñez que en años posteriores (Stevenson, 1957). La publicación de mi refutación a esa doctrina molestó a muchos de mis colegas en psiquiatría y hasta enfureció a algunos. Para mí, la reacción que provocó mi artículo sobre ese tema fue un buen entrenamiento para enfrentar más tarde el rechazo de mis estudios sobre los fenómenos paranormales.

Por la época de mi designación en la Universidad de Virginia yo volvía a interesarme en los temas que primero me habían atraído. De niño había conocido relatos de fenómenos paranormales a través los numerosos libros que encontraba en la biblioteca de mi madre sobre religiones orientales y teosofía, el último de los cuales era un derivado del budismo y el hinduismo. Mi formación en medicina me otorgó cierta comprensión de los métodos científicos, y comencé a interrogarme sobre las pruebas a favor de los fenómenos inusitados expuestos en los libros que había leído. No parecían concluyentes, pero tampoco desdeñables. Entonces leí más sobre investigaciones psíquicas, especialmente los trabajos de los fundadores de la SPR, como Frederic Myers y Edmund Gurney, quienes concitaron mi permanente admiración. También me familiaricé con los dirigentes de la American

Society for Psychical Research, que era, por así decir, una hermana menor de la SPR. En este grupo C. J. Ducasse y Laura Dale, especialmente, se hicieron acreedores a mi gratitud al hacerme ver que el escepticismo acerca de algunas pruebas a favor de los fenómenos paranormales no excluía la aceptación de otras evidencias.

Necesitaba que ellos me guiaran. Mis primeras publicaciones en este campo fueron reseñas de libros, y una de ellas estuvo a punto de exponer públicamente mi inexperiencia. Escribí una reseña de un libro titulado *The Third Eye: The Autobiography of a Tibetan Lama* (El Tercer Ojo: autobiografía de un lama tibetano). Su autor pretendía haber sido un lama tibetano dotado de poderes paranormales inmensos. Lo tomé en serio hasta que, justo a tiempo, supe que el autor de ese libro era un inglés que nunca había ido al Tibet, mucho menos venir de allí. Modifiqué mi reseña (Stevenson, 1958).

Escribir sobre un tema es una manera excelente de aprender acerca de ello. Así fue como aprendí mucho al escribir y luego publicar en el *Harper's Magazine* un artículo sobre parapsicología titulado "The Uncomfortable Facts about Extrasensory Perception" [Hechos incómodos acerca de la Percepción Extrasensorial] (Stevenson, 1959). Este artículo obtuvo la aprobación del Dr. J. B. Rhine, a la sazón director de un laboratorio de investigaciones en la Universidad Duke. (Rhine había dado a esta disciplina, o al menos a una parte sustancial de ella, el nombre de "parapsicología". Él y su esposa, la doctora Louisa Rhine, eran los soberanos indiscutidos en la materia).

En 1959 visité a los Rhine y a sus asociados. Después del habitual desayuno con conversaciones generales sobre parapsicología, Louisa Rhine me llevó a una habitación contigua para una conversación privada. Allí me explicó su creencia de que nada sustancial podría hacerse con los relatos de casos individuales. En su opinión, todos ellos carecían de valor como prueba científica. En mi artículo del *Harper's*

Magazine yo mencionaba casos individuales diciendo que al menos algunos de ellos merecían la atención de los investigadores. Louisa Rhine intentaba, generosamente, ahorrarme esfuerzos inútiles. Su advertencia llegaba tarde. Algunos de los informes que había leído de los primeros investigadores psíquicos acerca de lo que ellos llamaban “casos espontáneos” me habían causado profunda impresión. A pesar de su rigor respecto de ellos, Louisa Rhine había estudiado ella misma casos espontáneos, pero lo hizo exclusivamente desde el punto de vista del receptor de la experiencia. En cambio, los primeros investigadores habían estudiado tanto a los emisores (o agentes) como a los receptores, y observaron rasgos similares en muchos de los casos informados. Entre éstos había una alta incidencia de muerte súbita, a menudo violenta (u otra crisis grave) por parte del agente, y un vínculo familiar o emocional entre los dos participantes de la experiencia.

Decidí investigar los casos que vinieran a mi conocimiento y comencé a publicar informes de ellos. En ese tiempo –fines de la década del 50– revivió en mí un temprano interés en la reencarnación, y pronto supe que se habían investigado pocos casos sugerentes de reencarnación. Una de esas pocas excepciones era un informe de cuatro casos publicado por un investigador indio en un periódico francés (Sunderlal, 1924). (Supe después que el autor había ofrecido antes su informe a un periódico estadounidense, que lo rechazó). Pensé que tal vez aún los casos no investigados revelarían algún rasgo interesante. Entonces examiné los detalles publicados de 44 informes sobre personas que decían recordar una vida anterior. Los había rastreado en periódicos, revistas y libros. La mayoría de esos informes daban pocos detalles, y casi ninguno ofrecía alguna prueba verificada (o siquiera verificable). Depuré los 44 casos excluyendo aquéllos en los que el sujeto y la supuesta persona fallecida fueran parientes o conocidos, y aquéllos en que el sujeto hubiera hecho no más de seis afirmaciones acerca de la pretendida vida pasada. De los restantes 28 casos, en 25 se sabía a qué edad el

sujeto había hablado por primera vez de la vida anterior. En 22 de éstos, los pretendidos recuerdos se habían manifestado cuando el sujeto era un niño menor de 10 años. Éstos parecían ser los que merecían mayor atención. Por lo tanto, publiqué (en el *Journal of the American Society for Psychical Research*) un artículo en dos partes sobre estos casos y recomendé buscar más de estos niños e investigar sus declaraciones (Stevenson, 1960a, b).

Nunca se me ocurrió que sería yo la persona que iniciara las investigaciones que preconizaba. Tenía mucho trabajo; debía administrar un departamento, atender a mis pacientes, y estaba ocupado en otra investigación. Pero mi artículo había llamado la atención de dos personas dispuestas a brindar su interés y su apoyo. Ellos influyeron profundamente en mi vida.

La primera de esas personas, Eileen Garrett, era a la vez médium espiritista y una empresaria notablemente exitosa. Había persuadido a un donante rico de crear la Parapsychology Foundation, de la cual Eileen era presidenta. La conocí alrededor de 1957 y en ese momento mencioné mi interés en la reencarnación. A principios de 1961 me llamó por teléfono y me dijo que había recibido información de un niño en la India que afirmaba recordar una vida anterior. El chico parecía asemejarse a los que yo mencionaba en mi artículo. Garrett me preguntaba si yo estaría interesado en ir a la India a investigar las declaraciones del niño. La Parapsychology Foundation pagaría mis gastos. Acepté la sugerencia, en la inteligencia de que sólo podía ir a la India durante mis vacaciones, en agosto. Cuando llegó agosto, fui a la India y pasé cuatro semanas allí y luego una semana en Ceylán (hoy Sri Lanka). Antes de partir al Asia, tenía cierta información fragmentaria sobre tres o cuatro casos en la India y unos dos en Sri Lanka. Pero esta información no me preparó para la sorpresa de hallar casos en abundancia en los dos países. Cuando me fui de Asia conocía no menos de 25 casos en la India y siete en Sri Lanka. En menos de cinco semanas, no podía investigar adecuadamente todos esos casos, de modo que elegí unos pocos para estudiar a

fondo. De los demás, tomé nota de las direcciones y algunos detalles.

Una segunda sorpresa me deparó este primer viaje a la India cuando supe que los casos implicaban mucho más que la declaración de un niño de recordar una vida anterior. Los chicos mostraban, además, conductas que eran insólitas en sus familias y que, en los casos en que los dichos fueron verificados, concordaban con las de las personas fallecidas que los niños decían haber sido. Mi primer viaje a Asia mostró la necesidad de más viajes.

Esto me lleva al segundo lector importante de mi artículo de 1960 en el *Journal of the American Society for Psychological Research*. Era Chester F. Carlson, el inventor de la xerografía. Poseía formación como científico, y antes de su segundo matrimonio creía, como la mayoría de los científicos (aún hoy), que la mente sólo es un producto del cerebro y que sus propiedades son enteramente físicas. Su segunda esposa, Dorris, tenía cierta capacidad de percepción extrasensorial. Impresionó a su marido con sus aptitudes y también influyó en él para que apoyara la investigación de los fenómenos paranormales. A principios de 1961 ofreció fondos para mi investigación después de que yo ya me había comprometido a ir a la India en agosto. Le dije que no podía honestamente aceptar más dinero en esa oportunidad. (No obstante, antes de partir para la India le acepté unos cientos de dólares para adquirir un grabador).

Cuando mi primer trabajo en la India reveló la necesidad de nuevos viajes a ese país, pensé que quizás podría hacerlos si lograba reducir el tiempo que destinaba a la práctica clínica. Chester Carlson lo hizo posible con donaciones anuales a la Universidad de Virginia. En 1964 realizó una donación especial que se constituyó en la “garantía”, por así decir, de una cátedra patrocinada de la que yo era el primer titular. Dicho sea de paso, fue una de las primeras cátedras de ese carácter en la Universidad de Virginia. Los fondos de la cátedra patrocinada

me proporcionaron más tiempo para investigar, pero aún hacían falta donaciones anuales para cubrir los gastos de los viajes de investigación, y también las proveía Chester Carlson.

Como donante de fondos para investigación, Chester Carlson era una persona muy especial, tal vez única. Insistía en que su donación fuese anónima, pero esto lo hacen también otros donantes. Sin embargo, la mayoría de ellos se desentienden después de los detalles de la investigación que patrocinan. En cambio, Chester Carlson seguía los detalles de la investigación –al menos en mi caso– con profundo interés. Dijo que le gustaría observar algunas de mis entrevistas, y me acompañó en uno de mis viajes de campo a Alaska, donde estaba estudiando casos entre la población Tlingit. A veces hacía preguntas, pero nunca fue molesto. Pocas veces hacía sugerencias, pero siempre valía la pena escuchar lo que decía. Mi amistad con él se cuenta entre lo más placentero y, como explicaré luego, lo más importante de mis memorias.

Estaba en prensa el informe de uno de mis primeros estudios en Asia, cuando inesperadamente un hombre que había colaborado conmigo en algunos casos fue acusado de fraude. Aunque la acusación se refería a experimentos con los que yo no tenía nada que ver, la sospecha salpicó el trabajo que el acusado había hecho para mí, y el editor detuvo la impresión de mi informe. Yo había tenido otros intérpretes además del hombre acusado de fraude, y, creyendo que ese hombre no había cometido fraude cuando trabajaba conmigo, me propuse volver a la India y estudiar los casos de nuevo. Pero esto significaba un gasto grande adicional, y le pedí consejo a Chester Carlson. Él me animó a que volviera a la India. Así lo hice, y, con nuevos intérpretes, mostré la autenticidad de los casos. La impresión de mi informe fue reanudada, y se publicó debidamente como *Twenty Cases Suggestive of Reincarnation* (Stevenson 1966/1974a) [“Veinte casos que sugieren reencarnación”, Madrid, editorial Mirach S.A., 1992].

Durante los ocho años que Chester Carlson sostuvo mis investigaciones (1961-68) yo no estaba todavía dedicado exclusivamente al estudio de los fenómenos paranormales. Mi bibliografía muestra que mi interés en la psiquiatría y la medicina psicosomática no había mermado. Tenía (y tengo todavía) un agudo interés en preguntarme por qué una persona desarrolla una clase de enfermedad y no otra. Los trabajos sobre este tema podían publicarse en los periódicos comunes, mientras que los estudios sobre fenómenos paranormales no. En 1960 publiqué un libro sobre entrevistas (Stevenson, 1960/1971). Pocos años después publiqué otro, en realidad un libro de texto, sobre exámenes psiquiátricos (Stevenson, 1969).

En ese período amplíé mis estudios sobre los fenómenos paranormales más allá de los niños que sostenían recordar vidas pasadas. Por ejemplo, investigué y publiqué trabajos sobre apariciones, precognición, mediumnidad y “fotografía psíquica”. En 1970 publiqué mi primer libro sobre fenómenos paranormales, sobre lo que yo llamaba “impresiones telepáticas” (Stevenson, 1970). (Este libro le dio oportunidad a la doctora Louisa Rhine, quien lo reseñó, para menospreciar más públicamente el estudio de los casos espontáneos). Pero mi mayor logro en ese período fue la mencionada publicación en 1966 de mi libro *Twenty Cases Suggestive of Reincarnation* (Stevenson, 1966/1974a) [Veinte casos que sugieren reencarnación]. En esta obra presenté informes de los casos con abundantes detalles de los informantes de cada caso y lo que ellos habían expresado acerca de la pretensión de los sujetos de haber vivido vidas anteriores.

En 1968 falleció Chester Carlson. Yo no fui más que una de las muchas personas que lamentaron su muerte como una pérdida personal. Su amistad y la de su esposa, Dorris, habían enriquecido mi vida inmensamente. Recuerdo haber pensado que ahora tendría que volver a la otra mitad de mi carrera, con las investigaciones convencionales en psiquiatría y medicina psicosomática. Entonces, para el asombro, no sólo mío, sino de numerosas otras personas, supimos que Chester Carlson había

legado a la Universidad de Virginia un millón de dólares para mis investigaciones sobre fenómenos paranormales. Comprensiblemente, esto provocó una controversia entre los administradores de la Universidad. Supe después que algunos adversarios de mis investigaciones habían dicho que podría llevarme el millón de dólares conmigo si me iba de la Universidad. (Ninguno me lo dijo directamente). No mucho antes, el presidente de la Universidad (Edgar Shannon) había citado públicamente una afirmación frecuentemente mencionada de Thomas Jefferson, escrita en 1820 mientras se hallaba en proceso de fundar la universidad. “Esta institución – escribió Jefferson– estará basada en la libertad sin restricciones de la mente humana. Porque aquí no tenemos miedo de seguir a la verdad dondequiera que sea, ni de no tolerar ningún error en la medida en que se deje a la razón en libertad de combatirlo” (Lipscomb & Bergh, 1903: 303). Ni los más obstinados opositores a mis investigaciones se atrevieron a actuar en contra del precepto de Jefferson. Prevalcieron entonces mis partidarios y la Universidad aceptó el legado de Chester Carlson. Por ello, mucho le debo al presidente Edgar Shannon y también a Thomas Hunter, entonces secretario de Asuntos Médicos.

Aún antes de la muerte de Chester Carlson yo había decidido que deseaba dedicar todo mi tiempo a las investigaciones de los fenómenos paranormales, en especial los que sugerían vida después de la muerte. En 1967 renuncié como presidente del Departamento de Psiquiatría después de negociar la creación de una División pequeña dentro del Departamento. No quería usar la palabra “parapsicología” en el nombre de esa nueva División, porque pensaba que ello implicaría y hasta facilitaría una separación respecto de la psiquiatría y la medicina. Pero eso era exactamente lo que mi sucesor como presidente parecía desear: una distancia entre nuestra investigación y lo respetable, que acabaría por aislarla. (Más tarde, bajo una administración más amigable, obtuve prontamente autorización para cambiar el nombre de la

División por el que yo primeramente quería: División de Estudios de la Personalidad).

Durante los años 60 y la mayor parte de los 70, trabajé solo en la Universidad de Virginia. Mientras estaba en Asia, tuve unos intérpretes excelentes para ayudarme, pero ellos tenían sus ocupaciones habituales a las que retornaron en cuanto yo me fui. Necesitábamos mayor continuidad. El legado de Chester Carlson y algunos fondos de otros donantes me hicieron posible contratar un Asistente de Investigación y dar apoyo a otros investigadores.

El primero de esos otros investigadores fue Gaither Pratt. Había sido durante muchos años un asociado muy próximo a J. B. Rhine, pero cuando Rhine se retiró de la Universidad Duke y creó una fundación privada (para lo cual utilizó los fondos que en ese momento tenía su laboratorio), no hubo lugar para Pratt en la fundación. Entonces Chester Carlson se ofreció a financiar a Pratt si podíamos encontrar un lugar para él en la Universidad de Virginia. Acogí con beneplácito esa propuesta, pero tuve que usar toda mi habilidad diplomática para persuadir al Decano de la Escuela de Medicina de que coincidiera conmigo. Lo hizo, aunque no de buen grado, y al hacerlo observó que “Esto es algo que no podemos mantener en privado”.

Por cinco años después de la muerte Chester Carlson, su esposa Dorris entregó a la División donaciones anuales. Ello nos permitió continuar sosteniendo a Gaither Pratt y otros dos parapsicólogos muy capaces, Rex Stanford y John Palmer. Las publicaciones de estos tres investigadores, entonces y después, forman un capítulo importante de la historia de la parapsicología. Cuando Dorris Carlson, en 1973, suspendió su contribución, me vi obligado a alentar a mis colegas a que consiguieran otros puestos.

Posteriormente nuestra suerte mejoró, y de una manera u otra logré tener de nuevo colegas. Bruce Greyson, Satwant Pasricha, Emily Kelly y Antonia Mills se me acercaron y cada

cual a su modo pasaron de ser asistentes a investigadores independientes. Más recientemente, Jim Tucker se unió a nuestro grupo y ya se ha mostrado como un investigador y autor prolífico y altamente competente. También debo mencionar aquí a Erlendur Haraldsson, de la Universidad de Islandia y a Jürgen Keil de la Universidad de Tasmania; ambos mantuvieron su posición académica local, pero recibieron fondos de nuestra División que les permitieron trabajar de manera independiente y colaborar conmigo en algunos proyectos conjuntos. Walker Cowen, fundador y director de la Imprenta de la Universidad de Virginia, pasó a ser mi editor desde 1970 hasta su muerte en 1987. Él me permitió imprimir una cantidad importante de informes de casos, que de otra manera estarían todavía en mis estantes escritos a máquina. Reconocía que mis libros “eran para el futuro”. Desgraciadamente, murió antes de que el futuro que él esperaba llegase, y su sucesor tenía una opinión diferente de cuál sería ese futuro. Tuve que encontrar un nuevo editor, pero otra vez me ayudó la suerte, y me llevó primero a Praeger Scientific Publishers y luego a Robbie Franklin de McFarland and Company.

Algunos de mis libros posteriores fueron reseñados en los periódicos científicos generales, pero la mayoría no. Dicho sea de paso, aprendí mucho sobre el poder de los editores de reseñas de libros, y de los editores también. Por ejemplo, en el año 2000 envié a David Horrobin, el editor de *Medical Hypotheses*, una revisión sobre los niños que alegan recordar vidas pasadas. Horrobin fundó este periódico con el objeto de ofrecer una publicación para dar cabida a ideas novedosas e investigaciones sobre temas no corrientes. Tenía *referees* y envió mi trabajo a varios de ellos. Luego me escribió, diciéndome que no había podido encontrar ninguno que considerara mi texto seriamente, pero que igual lo iba a publicar, cosa que hizo (Stevenson, 2000).

Creo que soy más conocido por mis estudios de niños que dicen recordar vidas pasadas. No puedo objetarlo, pero espero

que otros investigadores continúen alguna de las demás aproximaciones a las pruebas de la existencia de vida después de la muerte que yo he explorado. Pienso en los casos de xenoglosia (lengua no aprendida), sobre los cuales he publicado dos libros (Stevenson, 1974b, 1984) y el test de cerradura de combinación (Stevenson, 1968). Afortunadamente, mis sucesores no se ciñen a mis ideas. Los actuales estudios de Emily Kelly sobre mediumnidad muestran su independencia.

En 1980 conocí a otro hombre que tuvo importante influencia en mi vida. Un colega de la Universidad de Virginia me presentó a Peter Sturrock, quien me explicó sus ideas de lo que llegaría a ser la Society for Scientific Exploration (Sociedad de Exploraciones Científicas). Me invitó a incorporarme a la Comisión Fundadora, lo que hice con entusiasmo. Las reuniones de la Sociedad y su *Journal of Scientific Exploration* brindan un foro donde las investigaciones sobre fenómenos paranormales pueden ser presentados a otros científicos sin que se les pongan trabas o se los ridiculice. En la Sociedad son bienvenidas también las investigaciones de muchos otros fenómenos desdeñados por la mayoría de los científicos. Creían los fundadores de la Sociedad, y pienso que ellos y sus sucesores lo siguen creyendo, que la existencia misma de la Sociedad desafía a las demás sociedades científicas a tener mayor flexibilidad en sus políticas hacia ideas e investigaciones no convencionales. Esto aún no ha ocurrido.

Sin embargo, debemos persistir, y creo que deberíamos hacerlo sin quejas. Por mi parte, ya me cansan las lamentaciones acerca de Galileo, Wegener, Jenner y tantos otros científicos cuyos contemporáneos al principio rechazaron sus ideas novedosas. No podemos esperar que los escépticos de las ideas nuevas se rindan todos a la vez, desplomándose simultáneamente como los muros de Jericó. Cada uno de nosotros debe luchar por sus propias nuevas ideas. Ya es una bendición que al menos podamos exponerlas ante otros

científicos gracias a las oportunidades que ofrece la Sociedad de Exploraciones Científicas.

La Sociedad me brindó las primeras ocasiones para informar adecuadamente dos de mis investigaciones más significativas. Me refiero, en primer lugar, a las marcas y defectos de nacimientos que se dan frecuentemente en los niños que recuerdan vidas pasadas, y segundo, a lo que creo que son vestigios importantes de conductas inusitadas derivadas de vidas pasadas. Los informantes me llamaron la atención hacia esas dos características de los casos ya desde mi primer viaje a Asia en 1961, y ahora me disgusta no haber publicado detalles completos de marcas y defectos de nacimiento hasta 1997 (Stevenson, 1997a,b).

Algunos lectores de mis publicaciones pueden considerar a la monografía *Reincarnation and Biology* (Reencarnación y Biología) como mi obra maestra. Si es por su tamaño (2 volúmenes, 2268 páginas), nadie lo discutiría. Sin embargo, yo espero que la obra sea más que una compilación. Incluye informes de casos y detalles adicionales de casos que no había publicado anteriormente. El capítulo sobre los gemelos (caso de que uno o los dos mencionen recordar una vida anterior) es quizás uno de los más importantes de todas mis publicaciones.

En cuanto a los comportamientos residuales de vidas pasadas, he llamado repetidamente la atención hacia su importancia como tercer componente en el desarrollo de la personalidad humana, siendo los otros dos los genes y el medio ambiente después de la concepción (Stevenson, 1977, 2000). En un trabajo publicado recientemente (con Jürgen Keil) he recurrido a este importante rasgo, bien ejemplificado en los casos de niños de Myanmar que recordaban vidas anteriores como soldados japoneses muertos durante la Segunda Guerra Mundial (Stevenson & Keil, 2005).

A menudo no podemos identificar aspectos importantes de los acontecimientos en el momento en que suceden. Mi segundo matrimonio lo ejemplifica muy bien. En 1985 me casé

con Margaret Pertzoff, a la sazón profesora de historia en el Colegio de Mujeres Randolph Macon. Ella era y sigue siendo una escéptica declarada de los fenómenos paranormales. No ocultaba su postura al respecto, pero nunca permitió que ello interfiriera con la felicidad que me dio nuestro matrimonio. Sus silencios benevolentes fueron a veces un control saludable sobre lo que de otra manera se hubiera transformado en un entusiasmo injustificado de mi parte.

En 1997-98 me embarqué en un proyecto que parecía temerario, pero también daba la posibilidad de dar a conocer mejor mis investigaciones al público en general. Acepté el pedido de un escritor de acompañarme en viajes de campo a Asia. Se proponía “mirar por encima de mi hombro” mientras yo realizaba las entrevistas de los casos. Él pagaría sus gastos y luego tendría libertad para escribir sobre las experiencias sin censura de mi parte. Resultó bien. Ese escritor era Tom Shroder, actualmente editor senior de *The Washington Post*. Tom era un buen compañero de viaje, y toleró bien las frecuentes incomodidades de las travesías en Líbano y la India. El libro que escribió se titula *Old Souls: The Scientific Evidence for Past Lives* (Shroder, 1999) [Almas viejas: pruebas científicas de vidas pasadas]. Me parece que es justiciero para mí pero sobre todo, les hace justicia a los chicos que alegan recordar vidas anteriores. El libro ha ayudado sin duda a dar a conocer mejor los casos de esos niños.

Mis viajes físicos han llegado a su fin, al menos por esta vida. Sin embargo, no considero malgastado el tiempo que dediqué a la psiquiatría y a la medicina psicosomática. Al contrario, creo que me han dado una preparación útil para cuanto he podido hacer luego al estudiar los fenómenos paranormales.

Todos morimos de alguna enfermedad. ¿Qué es lo que determina la naturaleza de esa enfermedad? Creo que la búsqueda de una respuesta puede llevarnos a pensar que la naturaleza de la enfermedad deriva, al menos en parte, de vidas

anteriores. Los casos de chicos que pretenden recordar vidas pasadas y que tienen marcas y defectos de nacimiento relacionados con esos recuerdos, lo sugieren; algunos de esos niños tienen afecciones internas que tienen que ver. Mi propia condición física, defectos de mis tubos bronquiales (desde mi primera infancia en adelante), sobre lo cual he escrito en otra parte (Stevenson, 1952a,b), ha provocado en mí un interés personal en esta importante cuestión. Nadie crea que tengo la respuesta; todavía la estoy buscando.

Agradecimientos

Deseo en primer lugar agradecer al Professor Henry Bauer por sugerirme que escribiese este ensayo. Doy gracias también por sus valiosos comentarios sobre los borradores del ensayo a Emily W. Kelly, Jim Tucker y Patricia Estes.

Referencias

- Lipscomb, A. A., & Bergh, A. E. eds. (1903). *The Writings of Thomas Jefferson. Vol. 15*. Publicado bajo los auspicios de The Thomas Jefferson Memorial Association of the United States. Washington, DC.
- Shroder, T. (1999). *Old Souls: The Scientific Evidence for Past Lives*. Simon & Schuster.
- Stevenson, I. (1952a). Illness from the inside. *Harper's Magazine*, 204, 61–67.
- Stevenson, I. (1952b). Observations on Illness from the Inside (Bronchiectasis). En Pinner, M., & Miller, B. (Eds.), *When Doctors are Patients* (Chapter 21). W. W. Norton & Co.
- Stevenson, I. (1957). Is the human personality more plastic in infancy and childhood? *American Journal of Psychiatry*, 114, 152–161.
- Stevenson, I. (1958). Revisión del libro *The Third Eye: The Autobiography of a Tibetan Lama*. *Journal of the American Society for Psychical Research*, 52, 122–123.
- Stevenson, I. (1959). The uncomfortable facts about extrasensory perception. *Harper's Magazine*, 219, 19–25.
- Stevenson, I. (1960a). The evidence for survival from claimed memories of former incarnations. part I. review of the data. *Journal of the American Society for Psychical Research*, 54, 51–71.
- Stevenson, I. (1960b). The evidence for survival from claimed memories of former incarnations. part II. analysis of the data and suggestions for further investigations. *Journal of the American Society for Psychical Research*, 54, 95–117.
- Stevenson, I. (1968). The combination lock test for survival. *Journal of the American Society for Psychical Research*, 62, 246–254.

- Stevenson, I. (1969). *The Psychiatric Examination*. Little, Brown & Co.
- Stevenson, I. (1970). *Telepathic Impressions*. University Press of Virginia. (También publicado en 1970 en *Proceedings of the American Society for Psychical Research*, Vol. 29.)
- Stevenson, I. (1971). *The Diagnostic Interview*. 2nd rev. ed. Harper & Row. (Publicado antes en 1960 con el título *Medical History-Taking*. New York: Paul B. Hoeber, Inc.)
- Stevenson, I. (1973). A communicator of the “drop in” type in France: The case of Robert Marie. *Journal of the American Society for Psychical Research*, 67, 47–76.
- Stevenson, I. (1974a). *Twenty Cases Suggestive of Reincarnation*. 2nd rev. ed. University Press of Virginia. (Publicado previamente en 1966 en *Proceedings of the American Society for Psychical Research*, Vol. 26.)
- Stevenson, I. (1974b). *Xenoglossy: A Review and Report of a Case*. University Press of Virginia. (También publicado en 1974 en *Proceedings of the American Society for Psychical Research*, Vol. 31.)
- Stevenson, I. (1977). The explanatory value of the idea of reincarnation. *Journal of Nervous and Mental Disease*, 164, 305–326.
- Stevenson, I. (1984). *Unlearned Language: New Studies in Xenoglossy*. University Press of Virginia.
- Stevenson, I. (1997a). *Reincarnation and Biology: A Contribution to the Etiology of Birthmarks and Birth Defects*. (2 vols.) Praeger Scientific Publishers.
- Stevenson, I. (1997b). *Where Reincarnation and Biology Intersect*. Praeger Scientific Publishers.
- Stevenson, I. (2000). The phenomenon of claimed memories of previous lives: Possible interpretations and importance. *Medical Hypotheses*, 54, 652–659.
- Stevenson, I., & Keil, J. (2005). Children of Myanmar who behave like Japanese soldiers: A possible third element in personality. *Journal of Scientific Exploration*, 19, 171–183.
- Sunderlal, R. B. S. (1924). Cas apparents de réminiscences de vies antérieures. *Revue métapsychique*, 302–307.

CIENCIA, POLÍTICA E INVESTIGACIÓN PSÍQUICA

Por JOHN POYNTON

Discurso presidencial del año 2004, versión ligeramente actualizada.
Proceedings of the SPR - Vol. 59 Part 222 April 2011
Traducción por Dora Ivniky

Introducción

Hace cincuenta y seis años, un secretario honorario de esta Sociedad fue electo presidente. En 1948, W. H. Salter, que fue secretario honorario desde los años 20 hasta los 40, fue elegido para el “distinguido cargo de Presidente de esta Sociedad”, como él lo expresó. En su discurso presidencial, manifestó que se sentía capaz de asumir tal honor “como tributo a la labor realizada para la Sociedad por todos aquellos que, desde su fundación, han desempeñado el puesto de secretario honorario” (Salter, 1948). Como ex Secretario Honorario, me siento privilegiado al poder compartir este sentimiento y sentido del honor. Observó Salter que todos los secretarios honorarios han reconocido la importancia de una organización que respalde las actividades en el desarrollo de la investigación psíquica, la cual ha sido invariablemente provista por nuestra Sociedad. E imagino que todos ellos han sentido las fuerzas de la intolerancia, el partidismo y la política, tanto dentro como fuera de la Sociedad, por parte de la ciencia oficial y del establishment intelectual. Es por eso que en este mensaje quisiera enfocar esos tres aspectos de la ciencia, la política y la investigación psíquica.

En la obra de Oscar Wilde “La importancia de llamarse Ernesto” escuchamos que en la vida conyugal tres es compañía y dos es ninguno. ¿Pueden la ciencia, la política y la investigación psíquica acostarse juntos como un trío? Ni dos de

ellos pueden considerarse compatibles; si ponemos a los tres juntos, todo el mundo los vería como compañeros de cama terribles. Al tratar a los tres en una sola cama, la primera dificultad es tener claro de cuál de ellos exactamente estamos hablando. Los términos *ciencia*, *política* e *investigación psíquica* parecen precisos e inequívocos, pero observados más de cerca no lo son tanto. Es necesario caracterizar claramente a cada uno de ellos.

CIENCIA

Es quizá llamativo que el Diccionario de Ciencia Oxford no dé una definición de ‘Ciencia’. De hecho, definir o caracterizar la ciencia es más difícil de lo que comúnmente se cree. El Diccionario Inglés Oxford da una serie de significados diferentes con acepciones variables. En el “sentido dominante en el uso ordinario” la define como “aquellas ramas de estudio que se relacionan con los fenómenos del universo material y sus leyes”. La especificación de “universo material” implica que el estudio de las experiencias extracorpóreas y las cercanas a la muerte, así como las comunicaciones mediúnicas, no están por definición incluidas en la “ciencia”. Esto da una salida fácil para los detractores, pero no creo que abarque lo que la mayoría de los científicos en ejercicio experimentan como ciencia, dado que no toca la actitud y el método. Thomas Kuhn, en su obra fundamental *The Structure of Scientific Revolutions* (1970) sostenía que “el criterio dominante para la mayoría de los miembros de un grupo científico” es la “capacidad para plantear y resolver los enigmas que presenta la naturaleza”. Esto no es muy diferente de la visión de Karl Popper (1972) de que el propósito de la ciencia es “descubrir siempre problemas nuevos, más profundos y más generales, y someter sus respuestas siempre tentativas a pruebas siempre renovadas y cada vez más rigurosas”.

En la práctica, esto es en gran medida lo que es la ciencia: una actividad tentativa y exploratoria de resolución de

enigmas, realizada con métodos siempre en evolución. Sin embargo esto se combina con una tendencia obsesiva a construir teorías y ceñirse a ellas al punto de obstruir la libre exploración y resolución de enigmas. Hace unos sesenta años, un ex presidente de esta Sociedad, G. N. M. Tyrrell, escribió en *The Personality of Man* (1947) que “cuando llega la prueba real, [el científico] demuestra ser un teórico *a priori* de corazón... ¡La teoría primero, después los hechos!”. Las cosas no han cambiado; hasta podría pensarse que han empeorado cuando se lee en *Scientific American* que “la ciencia ha demostrado inequívocamente” que las personas no pueden mostrar telepatía ni clarividencia (Shermer, 2004). ¿De qué clase de ciencia nos hablan aquí? Ver la ciencia como atada a teorías anticuadas o como amparo de una ignorancia arraigada no parece ser un punto de vista muy generoso, pero si vamos al segundo elemento de mi trío, la política, esta opinión puede resultar algo justificada.

POLÍTICA

La palabra ‘Política’ tiene varias entradas en el Diccionario Inglés Oxford. El sentido que me interesa está reflejado en una cita de la obra de Carey *God Save the King*: “Confundir su política, frustrar sus trucos perversos”. Este sentido tiene que ver con la intriga, la manipulación, la tiranía, la traición: la política es en última instancia el ejercicio del poder o el intento de eludirlo de alguna manera. Uno se pregunta ¿se puede ver a la tiranía acostándose con la ciencia, casta buscadora de la verdad? E imagino a la mayoría de los miembros de esta Sociedad preguntando lo mismo acerca de la investigación psíquica ¿puede nuestra materia acostarse con la política partidaria e intrigante?

Para encontrar una respuesta, consideremos primero la ciencia y la política, y luego confrontemos la investigación psíquica contra ese trasfondo. Hay dos ingredientes primordiales, tanto en la ciencia como en la política, que

parecen obvios y sin embargo casi siempre se pasan por alto: el pueblo y las ideas. A la ciencia a menudo se la cree impersonal, pero no lo es; la ciencia en su práctica es hecha por personas, cada cual con sus propios prejuicios, estilos, temores, gustos, disgustos y, por supuesto, sus ambiciones y la política que va con ellas. La ambición puede no ser sólo de promoción personal sino de promoción de una teoría o idea particularmente apreciada. Y cuando se combina la ambición de poder personal con el poder de una idea, la mezcla es repugnante.

En los comienzos de mi carrera como biogeógrafo me topé con una mezcla de esta clase. La geología de los continentes australes da pruebas irrefutables de que alguna vez esas masas de tierra estuvieron unidas. Pero si tú asistías a una conferencia en Norteamérica antes de los años 60 y señalabas esto, recibías burlas y escarnio. Los principales geólogos –los que estaban en el poder– sostenían una teoría de la estructura de la corteza terrestre que excluía la posibilidad de continentes moviéndose como espuma sobre la superficie de la Tierra. Tan aferrados estaban a esa idea que, incluso en el hemisferio sur, un profesor de geología, en los años 40, mencionó con inquietud delante de sus alumnos la posibilidad de la deriva de los continentes, y eso, sólo en la intimidad de su estudio, a pesar de que virtualmente todo mapa geológico daba a gritos las pruebas de la deriva. Es de imaginar que uno de sus alumnos, al buscar un puesto en una universidad norteamericana, habría mantenido la boca cerrada respecto al tema, si esperaba obtener un empleo o una subvención. El estudiante se enfrentaría nada menos que a la política del poder: lo más encumbrado de la comunidad geológica personificando el poder de una idea, y sin duda también el poder de la reputación y la posición personal. Hoy día, por cierto, ningún estudiante puede esperar conseguir un puesto si discute la idea de la deriva de los continentes.

Se pueden citar muchos otros casos similares; éste ha quedado más grabado en mi mente porque lo he vivido. Con la

investigación psíquica parece estar sucediendo algo muy parecido en este momento. Las pruebas de la existencia de los fenómenos psi seguramente son sólidas, pero hay una política del poder en contra de la aceptación de tales evidencias. Hay el poder de fondo del materialismo dominante, y el poder más inmediato de las ideas, como las de la neurociencia, que, con la laxitud filosófica predominante en la ciencia estándar, descarta la posibilidad de sucesos mentales que se producen independientemente del cerebro. No es difícil señalar fallas tanto en el materialismo filosófico como en el determinismo neurológico, pero esto no es realmente lo que importa; aquí hay un modelo de pensamiento establecido, o paradigma vigente que se prueba a sí mismo contra toda evidencia e ideas conflictivas, un paradigma que sólo se podrá abandonar mediante un cambio mental del tipo identificado en el estudio de Kuhn sobre la estructura de las revoluciones científicas. Recordemos que Kuhn veía la historia de la ciencia como una sucesión de períodos ligados a la tradición, marcada por revoluciones, donde cada revolución reemplaza un conjunto de teorías y procedimientos por otro. Durante cada período ligado a la tradición hay un “enérgico y ferviente intento de forzar la naturaleza dentro de los casilleros conceptuales dados por la educación profesional”. Pero cuando las anomalías y los enigmas insolubles se acumulan hasta el punto de no poder ser ignorados, se desarrolla una crisis; entonces el viejo conjunto de ideas, debilitado, es suplantado por otro conjunto, y las cosas se asientan una vez más y sobreviene un período de trabajo seguro dentro de los límites del nuevo paradigma, o ciencia normal, como lo denomina Kuhn. El cambio de paradigma tiende a ser desprolijo e irracional; por lo general la revolución es iniciada por un grupo rebelde bastante influyente (al mejor estilo de los “Jóvenes Turcos”), y sólo se completa cuando los que permanecen fieles al viejo paradigma se retiran de sus laboratorios y mueren.

En una revisión reciente publicada en *Nature*, Michael Goldmann (2003) escribió que “la ciencia es conducida por la

política, y la política por el miedo”. Se podría completar un silogismo deduciendo que la ciencia es conducida por el miedo, conclusión que la mayoría de los científicos no aceptaría, a menos que hubiera sufrido opresión bajo algún régimen político. Sin embargo, se podría argüir que la negativa de la ciencia establecida a tomar en cuenta los fenómenos psi tiene sus raíces en esta maraña. Como la mayoría de la gente, un científico se siente incómodo en un ambiente conceptualmente extraño; tampoco le agrada, dentro de su comunidad, sentirse aislado, apartado, raro, ridiculizado. Da seguridad ser miembro de la manada, y denostar lo paranormal es una manera de asegurarse un lugar dentro del grupo y, dado el caso, lograr favorable exposición en los medios. En debate con los detractores de psi, Tyrrell (1947) preguntaba exasperado “¿Qué pasa con toda esta gente?”. Lo que pasa, seguramente, es que *son* gente, personas generalmente temerosas de quedar fuera de la manada. En otro aspecto, los que practican la ciencia, al ser personas, tienden a sentirse seguros al estar amarrados a un paradigma conocido, estar programados, hacer casi cualquier cosa por no despertar a su verdadera libertad y a la gloria creativa de la ciencia libre. Por ciencia libre entiendo un quehacer como el que ganó sostén durante los primeros años de la teoría cuántica, cuando había una constelación de genios creativos libres y sobresalientes.

INVESTIGACIÓN PSÍQUICA

Creo que podría formarse una causa para incluir lo mejor de la investigación psíquica en la gloria creativa de la ciencia libre. Para perseguir esta causa se necesita una definición o caracterización adecuada de la investigación psíquica. Hace algunos años se debatió este tema en nuestro *Journal*. Yo intenté una definición que no me parece muy satisfactoria (Poynton, 1996). Podrá parecer sorprendente que en este lugar yo elija algo del *Skeptical Inquirer*, a saber, una declaración del Comité para la Investigación Científica de Reclamos de lo

Paranormal (Committee for the Scientific Investigation of Claims of the Paranormal - CSICOP), una organización generalmente considerada hostil a las investigaciones psíquicas. El CSICOP declara que “alienta la investigación crítica de los reclamos paranormales y marginales a la ciencia desde un punto de vista responsable, científico; y difunde información factual sobre los resultados de tales investigaciones a la comunidad científica, los medios y el público”. Creo que esta afirmación no difiere de los objetos para los cuales se ha constituido la Society for Psychical Research, tal como se publicaron en su *Memorandum of Association* de 1895. Sin embargo los miembros del CSICOP y de la SPR se acusan mutuamente de practicar mala ciencia, sea del lado de ignorar evidencias o de distorsionarlas. Ahora bien, ciertamente se puede suponer que si el objeto y la finalidad de dos cuerpos orientados a la actividad científica son los mismos, entonces sus respectivas publicaciones se deberían apoyar mutuamente en amable armonía. Pero no es así, y el antagonismo y la desarmonía que existen entre ellos no es una sorpresa para los que han pasado algún tiempo en los bajos fondos politiqueros del ámbito académico. Si bien unos pocos en ese ambiente consideran que la ciencia y la investigación psíquica deben marchar unidas, la mayoría todavía las ve incompatibles como compañeros de cama; depende de en qué paradigma uno se ubica.

Se me podría acusar tal vez de mostrar un grado de escepticismo —si no de cinismo— que supera casi cualquier cosa que se pueda leer en el *Skeptical Inquirer*. De modo que conviene dar cuenta brevemente de cómo llegué a esta posición. Antes de mi graduación, yo no tenía ningún interés especial en lo paranormal. Poseía un ejemplar muy manoseado de la obra profundamente positivista *Language, Truth and Logic*, de A. J. Ayer (1946) [El lenguaje, la verdad y la lógica]. Era miembro de la Rationalist Press Association (Asociación de la Prensa Racionalista), y estaba suscripto a su revista humanista. Lo que hizo tambalear mi barca fue el

descubrimiento de que la homeopatía funcionaba a las mil maravillas con nuestros perros. No podía alegar que el efecto se debía a los placebos y la sugestión, y hubo más todavía, cuando supe que la homeopatía era más efectiva cuando el diagnóstico y la prescripción se hacían mediante el uso de la rdomancia.

Ninguno de esos fenómenos tiene sentido en los paradigmas de la ciencia vigente. ¿Cómo puede una muestra del pelo del perro y un péndulo revelar qué le sucede al animal y qué es lo mejor para tratarlo? ¿Cómo puede una dilución virtualmente terminal de una sustancia llevar a cabo una acción fisiológica? El teórico supresor de evidencias identificado por Tyrrell debe o bien ignorar los efectos o desechar las evidencias. Este es el camino común y corriente que se toma en el mundo científico durante un período de lo que Kuhn reconocía como ciencia “normal” apegada a la tradición, pero a mí me impresionó como una traición al espíritu libre de la ciencia, y tomé el camino contrario que me condujo a estar aquí esta noche dirigiendo la palabra a esta Sociedad. Mi interés, lógicamente, pasó a la radiestesia, como se denomina a la rdomancia médica, y luego al estudio de las experiencias fuera del cuerpo y a la presunta comunicación espírita tanto en ambientes europeos como africanos. Algunos casos eran totalmente inaceptables, otros muy convincentes, pero cuando informé a una revista humanista sobre los casos que yo hallaba significativos, devolvieron mi trabajo con un comentario editorial según el cual ese trabajo “incomodaría” a los lectores. Lo tomé como un síntoma de ceguera intelectual fóbica, de modo que sólo pude responder cancelando mi suscripción a *The Humanist*, y renunciando a la Rationalist Press Association. Todavía conservo cierto grado de disgusto hacia revistas similares que actualmente se publican; a mi entender una traición a la racionalidad y la ciencia libre, es decir, libre de las trabas mentales y los instrumentos de la política.

Con tan notoria discrepancia pública en cuanto a la existencia o no de los fenómenos psi, inevitablemente se abre el debate sobre la supresión de datos y la política. En este sentido,

la investigación psíquica no está sola; hay varias otras áreas de la ciencia donde la existencia o la fuerza de los fenómenos es puesta en tela de juicio y por ende cae en la palestra política. La polémica suscitada en torno a la ciencia del clima es un ejemplo notable de cómo puede verse a la ciencia y la política forcejeando en la misma cama, más para peor que para mejor. La relación entre la biología y el conservacionismo es otra alcoba política que no ayuda. El conservacionismo tiene sus protagonistas comprometidos, por ejemplo los Verdes, y sus antagonistas también comprometidos, por ejemplo, los desarrollistas. En ese terreno, la existencia misma de los datos es objeto de acalorada disputa. Cuando la discusión se concreta a decidir si una caída de agua debe ser conservada por su valor como hábitat natural o convertida en una planta hidroeléctrica, es fácil sucumbir a la confusión provocada por las argucias que ambas partes pondrán en juego en pos de su causa, totalmente fuera de los límites estrictos del pensamiento científico. La palabra “entusiasmo” acude a la mente, en el sentido específico que el término tuvo en tiempos de la Iluminación en el siglo XVIII, cuando la razón y la apreciación crítica luchaban contra un fervor excesivo y desequilibrado, al que se motejaba de “entusiasmo”. El enfoque de los fenómenos psi tiene entusiastas de ambos lados: pro y contra. El difunto profesor Bob Morris llamaba “contra-abogados” a los opositores escépticos (Smith, 1993); quizá se podría llamar “ultra-abogados” a aquéllos cuya credulidad se extiende más allá de la apreciación crítica. Probablemente la mayoría de los investigadores psíquicos no desee ser arrastrado a la polémica entre contra y ultra-abogados, como tampoco los biólogos quisieran involucrarse en las controversias sobre la política conservacionista. Pero los efectos de esa controversia no son tan dañinos para la biología como para la investigación psíquica, donde siempre hubo profundas divisiones entre contra y ultra-abogados, que en el caso de nuestra Sociedad crean una línea de fractura potencialmente peligrosa. Durante mi desempeño como Secretario Honorario, por ejemplo, he

recibido cartas de renuncia a la Sociedad, unas por creer que no prestamos suficiente atención al tema de la supervivencia y otras por considerar que nos ocupamos demasiado de él.

Considero que este conflicto y formación de facciones es resultado de la incomprensión de la verdadera naturaleza de las sociedades científicas, que deben estar por encima de la defensa y la persecución de causas. Sin embargo en la práctica, rara vez las sociedades científicas están libres de agendas personales, discordia, defensa y política partidaria, porque después de todo la ciencia la hacen personas, y la gente siempre se engancha en ese tipo de cosas. El nivel académico y la competencia no son garantías contra esa actitud, como lo sabe cualquiera que haya enseñado en un departamento académico. Las más afiladas herramientas del intelecto pueden ser usadas como las armas partidarias más horripilantes, y los hilos que sostienen la continuidad de algunas sociedades científicas han sido cortados por esas armas. Este peligro puede ser aún mayor en sociedades que abarcan un campo más amplio que el de la ciencia pura, donde los miembros pueden estar comprometidos en causas ajenas a los problemas científicos inmediatos. Las facciones conservacionistas en su lucha cuerpo a cuerpo dentro de una sociedad zoológica o botánica pueden producir un desgarramiento de la sociedad frente a exigencias de investigación más allá de determinada agenda. La sociedad puede ser acusada de “no hacer su tarea”, cuando la tarea de una sociedad científica es simplemente salvaguardar y promover altos estándares de investigación imparcial en su ámbito, en la medida de lo humanamente posible.

De modo, pues, que la investigación psíquica no es la única ciencia en llevar adherido un espacio cuyas características son más de la religión que de la ciencia imparcial. Esta ha sido una tendencia a través de la historia de nuestra Sociedad; William James, por ejemplo, escribió: “la pasión por la inmortalidad que domina a Myers” (Beer, 2003) y podría decirse que la arrebatada aceptación por parte de Frederic Myers de las manifestaciones mediúnicas de

Leonore Piper afectó su juicio sobre la significación de esas comunicaciones. La propia médium no parecía convencida de que los “mensajes” provinieran de personas fallecidas y no telepáticamente de personas vivas (Haynes, 1982), y el gran avance hacia la consolidación de la supervivencia que Myers esperaba de las sesiones con Piper no se materializó.

HACIA UN NUEVO PARADIGMA

Myers y sus colegas se mostraron a menudo insatisfechos por el fracaso de la investigación psíquica en hacer incursiones sustanciales en el mundo de la ciencia imperante, y en el comienzo de nuestro siglo la situación no ha mejorado mucho. La mano de la política es bien evidente si vemos la ciencia actual como un nido de paradigmas que tiende a atenuar el libre crecimiento de la ciencia en nuestra dirección. No es irrazonable anticipar una revolución kuhniana que nos libre de esos paradigmas anidados, pero como en tales revoluciones hay poca racionalidad, es difícil poder decir cuándo y cómo semejante revolución tendrá lugar, o siquiera si favorecerá inmediatamente a la investigación psíquica. Sin embargo, en la medida en que esta disciplina continúe en su mejor tradición de trabajo esmerado, concentrado e imparcial, nos sumaremos al cúmulo de anomalías que incomodan a quienes se mantienen al amparo del actual paradigma materialista. Como lo señaló Kuhn, es la acumulación de anomalías la que eventualmente derriba un paradigma. Podemos confiar razonablemente en el éxito final, en la medida en que mantengamos el mandato de amplitud de criterio en la investigación que nos legaron los fundadores de nuestra Sociedad.

Debemos tener presente que nuestra Sociedad se fundó como una sociedad para la investigación. Cualquiera sea el significado del adjetivo “psíquica” en el nombre ‘Sociedad de Investigación Psíquica’, la palabra “investigación” es clara y definitoria. El *Oxford Popular English Dictionary* da una definición útil de este término: “exploración y estudio

sistemático a fin de establecer hechos y alcanzar nuevas conclusiones”. En la investigación psíquica los hechos establecidos tienden a estar en conflicto con conclusiones arraigadas, sean escépticas o super-crédulas. Pero, como dijo Henry Sidgwick (1883) en su discurso presidencial ante esta Sociedad, “todas y cada una de nuestras investigaciones deberán llevarse a cabo con el firme propósito de verificar los hechos y sin adelantar ninguna conclusión acerca de su naturaleza”. Reconocía que entre su audiencia había algunos que pensaban que la investigación psíquica “solamente puede conducir a probar la mayoría de los fenómenos alegados; algunos, también, creen probable que la mayoría, sino todos, sean refutados; pero, en tanto Sociedad, no tenemos garantías”.

No obstante, podemos reconocer las limitaciones de la investigación. Parafraseando un comentario de Niels Bohr sobre la física, diríamos que la investigación psíquica no es necesariamente un empeño para descubrir qué es lo paranormal, sino un empeño para descubrir qué podemos decir sobre ello. Y debemos estar preparados para aceptar que no podremos decir lo suficiente si nos quedamos en los límites del lenguaje convencional y del pensamiento y programas de investigación fisicistas convencionales. Debemos tratar de hablar claramente en términos de estados alterados de conciencia y de múltiples mundos de experiencia diferentes más allá del mundo físico. Esto significa comprender cómo la conciencia suscita la manifestación de *toda* clase de mundos, lo cual nos lleva, a través de un largo rodeo, al tipo de física multi-nivel que Bohr y sus asociados trataban de caracterizar.

Estamos aquí en los umbrales de una indagación más fundamental que la acostumbrada para el pensamiento convencional. Las profundas exploraciones psicológicas de uno de nuestros miembros, Peter Chadwick (1997) lo llevaron a inferir que “la naturaleza esencial de la realidad no es solamente material sino psicofísica”, con una “conversión potencial en acto” que está “en paralelo con inquietudes similares en este tema en la física cuántica”. Como lo señalaron

Chadwick y varios otros escritores, es en esta zona profunda de la experiencia que la psicología y la física pueden hallar un punto de encuentro. Porque aquí estamos en un nivel primordial de creatividad, como lo indicó Michael Whiteman (e.g. Whiteman, 1986), especialmente al identificar “estructuras de creatividad” comunes que subyacen tanto a la psicología como a la física, y por ende las unifican. “Parapsicología”, como denominación común alternativa a “investigación psíquica” resulta así restrictiva en este vasto contexto que abarca desde la psicología pura hasta los procesos de “conversión potencial en acto”. Si se puede admitir que la “psicología” incluya el estudio de las reclamadas creencias y experiencias paranormales sin formular presunciones sobre la existencia de “lo paranormal” o del funcionamiento de psi, entonces la “parapsicología” podría dar un paso adelante analizando si esas creencias y experiencias pueden estar basadas en hechos o procesos no-físicos. No es igual que el estudio de esos fenómenos en sí mismos, que podría identificarse separadamente bajo el término “parafísica”, donde se vuelve necesario pensar en términos de conversión potencial en acto y sistemas de generación multi-nivel. Finalmente, el término “paracosmología” se referiría al estudio más vasto de la manifestación de cualquier mundo y sus objetos en cualquier ocasión de observación en una diversidad de estados, como las registradas en las experiencias extracorpóreas y cercanas a la muerte (Poynton, 2008). Este último implica el estudio científico de mundos no-físicos invocado por autores como Charles Tart (1997).

Como todas esas categorías puede considerarse que implican la intervención de la psique (aún cuando esto sea negado por la psicología corriente), el término “investigación psíquica” parece adecuado para incluirlas a todas, y todo ello puede ser integrado dentro de los procedimientos de la ciencia, como lo han señalado autores como Chadwick y Whiteman. Para comprometer a la investigación psíquica en niveles ontológicos más profundos, como el estudio científico de lo no-físico, debemos estar dispuestos a enfoques audaces en la

investigación y el análisis de nuestro objeto de estudio, tan amplios y radicales como los que produjeron la teoría de la relatividad y la teoría cuántica en el siglo pasado, donde triunfó la ciencia libre. Entonces veremos que los diversos campos de la investigación psíquica se convierten en áreas de estudio centrales dentro de los dominios de una nueva ciencia. No menos que esto es lo que esperaban los fundadores de esta Sociedad, y nuestra es la misión de conseguirlo.

REFERENCIAS

- Ayer, A. J. (1946) *Language, Truth and Logic (2nd edition)*. London: Victor Gollancz.
- Chadwick, P. (1997) *Schizophrenia: The Positive Perspective, in search of Dignity for Schizophrenic People*. London: Routledge.
- Goldman, M. A. (2003) Darwin's children. *Nature* 424, 726.
- Haynes, R. (1982) *The Society for Psychological Research 1882-1982: A History*. London: Macdonald.
- Kuhn, T. S. (1970) *The Structure of Scientific Revolutions (2nd edition)*. University of Chicago Press.
- Popper, K. R. (1972) *The Logic of Scientific Discovery*. London: Hutchinson.
- Poynton, J. C. (1996) Towards a statement of purpose for the Society for Psychological Research. *JSPR* 61, 94-102.
- Poynton, J. C. (2008) Towards a taxonomy of psi investigation. *JSPR* 72, 60-62.
- Salter, W. H. (1948) Presidential Address. *ProcSPR* 48, 239-252.
- Shermer, M. (2004) Miracle on probability street. *Scientific American* 291 (2), 21.
- Sidgwick, H. (1883) Presidential Address. *ProcSPR* 1, 7-12.
- Smith, M. D. (1993) Edinburgh International Science Festival Parapsychology Conference. *The Psi Researcher* No 10.
- Tart, C. T. (1997) On the scientific study of non-physical worlds. In Tart, C. T. (ed.) *Body Mind Spirit: Exploring the Parapsychology of Spirituality*. Charlottesville: Hampton Books.
- Tyrrell, G. N. M. (1947) *The Personality of Man: New Facts and their Significance*. West Drayton: Pelican Books.
- Whiteman, J. H. M. (1986) *Old and New Evidence on the Meaning of Life, Vol. 1. An Introduction to Scientific Mysticism*. Gerrards Cross: Colin Smythe.

La Parapsicología en el mundo

Estados Unidos de Norteamérica (continuación)

• **División de Estudios de la Percepción** (The Division of Perceptual Studies)

Funciona como una unidad del departamento de Psiquiatría y Ciencias Neuroconductuales del Sistema de Salud de la Universidad de Virginia. Fue fundada en 1967 y estuvo a cargo del Dr. Ian Stevenson hasta 2002, cuando pasó a dirigirlo el Dr. Bruce Greyson.

El fin primordial y razón de ser de la División es la investigación científica empírica de los fenómenos que sugieren que las presunciones y teorías científicas sobre la naturaleza de la mente y la conciencia actualmente aceptadas pueden ser incompletas. Se trata de los fenómenos corrientemente denominados paranormales, que comprenden la percepción extrasensorial, apariciones y visiones en el lecho de muerte, poltergeists, experiencias cercanas a la muerte, experiencias extracorpóreas y las consideradas memorias de vidas anteriores.

La División de Estudios sobre la Percepción realiza investigaciones sobre efectos psi y estados alterados de conciencia mediante el uso de sofisticados instrumentos científicos; actualmente están abocados al estudio intensivo de individuos seleccionados por su posesión de aptitudes psicológicas especiales, en particular meditadores avanzados, mediums de trance, sensitivos y personas con experiencias extracorpóreas.

Asimismo, invitan a toda persona que haya tenido alguna experiencia de tipo paranormal, sea por sí misma o por alguien de su conocimiento, a enviar, preferiblemente por e-mail, un informe sucinto sobre el hecho.

La dirección de la División de Estudios de la Percepción es la siguiente:

The Division of Perceptual Studies
P.O. Box 800152 , Charlottesville . VA 22908
DOPS@virginia.edu
<http://www.healthsystem.virginia.edu/internet/personalitystudies>

• **Laboratorio Internacional de Investigaciones sobre la Conciencia** (International Consciousness Research Laboratories - ICRL)

El ICRL se define como una agrupación internacional, interdisciplinaria e intergeneracional formada por unos 75 miembros, la mayoría proveniente del laboratorio de Princeton para la investigación de anomalías (PEAR).

El ICRL enuncia como objetivos extender la obra del PEAR a un campo de investigación más amplio, formar una nueva generación de investigadores capaz de expandir los límites de la comprensión científica y fortalecer las bases de la ciencia apelando a su herencia espiritual. En última instancia, aspira a integrar las dimensiones subjetiva y objetiva de la experiencia humana en una Ciencia de la Subjetividad autorreflexiva.

Para alcanzar sus fines, el ICRL actúa como coordinador de iniciativas en los campos de la investigación básica, la educación y las aplicaciones prácticas; así, por ejemplo, presta asesoramiento a la empresa tecnológica Psyleron, Inc. que produce instrumentos para las investigaciones sobre la conciencia, tales como generadores de eventos aleatorios.

Sus investigaciones actuales incluyen: investigación básica; experimentos sobre interacciones anómalas entre una persona y una máquina y sobre percepción remota; modelos teóricos acordes con los datos empíricos; propiedades acústicas de antiguos sitios ceremoniales y su entorno contemporáneo; arqueología cognitiva y lugres sagrados; emisión de biofotones y su relación con la comunicación intercelular; fenómenos lumínicos planetarios anómalos; la evolución de las

conceptualizaciones de la conciencia; tradiciones y prácticas orientales y occidentales relativas al rol de la conciencia en la salud mental y física; comunicaciones entre el ser humano y los animales; entre otros.

Forman parte de la Comisión Directiva los Dres. Robert Jahn, presidente, Brenda Dunne, tesorera, y Barbara Valocore, secretaria.

Dirección:

International Consciousness Research Laboratories (ICRL) 211
N. Harrison St. Suite C Princeton, NJ 08540 USA

www.icrl.org

E-mail: info@icrl.org



Revistas recibidas

Hemos recibido, y agradecemos:

- Proceedings of the Society for Psychical Research - Vol. 59
- Part 223 - October 2011.
- Journal of the Society for Psychical Research - Vol. 75.3,
N. 904, July 2011